



Vieja mujer, nueva mujer. Pioneras del movimiento feminista en Corea

Old Woman, New Woman. Pioners of the Korean Feminist Movement

Recibido: 25-04-2023 Aceptado: 04-03-2024 Publicado: 02-06-2025

Gloria Luque Moya

Universidad de Málaga
glorialm@uma.es

 0000-0002-7626-3961

Resumen: El inicio de los movimientos feministas en Corea se suele asociar con la llegada de la modernidad, entendiéndola como la apertura ante las nuevas ideas que llegaban del exterior y el impulso de nuevos sistemas de pensamiento. Frente al opresivo sistema neo-confuciano, algunas pioneras se alzaron y promovieron un conjunto de reformas que condujeran a la igualdad entre hombres y mujeres. Este artículo ofrece una aproximación al ideal de nueva mujer que Kim Wonju y Na Hye-seog defendieron a través de su biografía y obra.
Palabras claves: Kim Wonju- Na Hye-seog- neo-confucianismo- desigualdad.

Abstract: The beginning of the feminist movements in Korea is usually associated with the arrival of modernity, understood as the opening to new ideas that came from abroad. In opposition to the oppressive neo-Confucian system, some pioneers rose up and promoted a set of reforms that would lead to equality between men and women. This article offers an approach to the ideal of a new woman that Kim Wonju and Na Hye-seog defended through their biography and work

Keywords: Kim Wonju- Na Hye-seog- New Confucianism- inequality.

Citación: Luque, G., (2025). Vieja mujer, nueva mujer. Pioneras del movimiento feminista en Corea. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 35(1), 79-92. doi.org/10.15443/RL3508.



Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0

Ah, ah, todas vosotras chicas,
despertaros y seguidme. Levantaros y emanar vuestra fuerza
la luz brillante de un nuevo día se ha abierto paso.
(Na Hye-seog, “Nora”)¹

Introducción

Los movimientos feministas en Corea surgen en un momento de ocupación japonesa y apertura a occidente, de la mano de organizaciones políticas y religiosas que se ocuparon de los problemas de las mujeres surgidos a finales de 1800. Esto propició un conjunto de grupos, categorías, símbolos y valores diversos. En otras palabras, la arena en la que se originaron y desarrollaron dichos movimientos estaba compuesta por personas de diferentes contextos que lucharon por los derechos de las mujeres según interpretaciones muy variadas.

Según Hyaeweol Choi, “alrededor de unas cuatrocientas cincuenta sociedades de mujeres fueron fundadas entre 1920 y 1929 con diferentes objetivos que iban desde la educación, la religión o el socialismo.” (Choi 2013, p. 2) Así, el contexto colonialista e imperialista, junto con la apertura ante las nuevas ideas y el nacionalismo coreano propiciaron el desarrollo del movimiento de la *Nueva Mujer* en Corea con unas características propias. Estas primeras corrientes feministas, como han puesto de relieve Kim Seung-Kyung y Kim Kyounghee (2010), se caracterizaron por la tensión, el antagonismo, la competición y la cooperación entre los distintos grupos. En él encontramos desde universitarias anti-colonialistas, formaciones cristianas, estudiantes educadas en ideas socialistas en Japón, etc. Un ejemplo que pone de manifiesto esa peculiar mezcla que conforman las primeras organizaciones feministas del país lo representa la coalición de mujeres misioneras y socialistas *Geunuhoe* (근우회). Dicha organización creía que la opresión de las mujeres coreanas era causada por el patriarcado confuciano y las contradicciones del capitalismo moderno y trataron de abolir las prácticas de discriminación institucionalizadas y proteger a las mujeres trabajadoras. (Cho 1994)

No obstante, pese a la diversidad desde la que se trataba los temas sociales y se interpretaban los intereses de las mujeres, todos estos grupos y organizaciones surgen a partir del movimiento Nueva Mujer (*Sin Yeoseong*, 신여성) que se desarrolla en los años veinte en Corea. Frente a la situación precaria a la que habían sido degradadas las mujeres durante la dinastía Joseon, este movimiento se hace eco del ideal feminista *New Woman* de occidente y Japón, con una trayectoria propia.

En occidente, podemos hallar sus inicios en el mundo literario a finales del siglo XIX, cuando diversos autores, como el noruego Henrik Ibsen (1828-1906) y su obra *Casa de muñecas*, cuestionan el rol que se le había adscrito a las mujeres y trataban de superar los límites establecidos por una sociedad dominada por los hombres. Precisamente, en la obra *Casa de muñecas* su protagonista, Nora Helmer, que se creía felizmente casada, descubre que en su matrimonio no es más que una muñeca grande en una casa de muñecas: “he sido muñeca-mujer en tu casa, como en casa de papá había sido muñeca-niña”, (Ibsen 2000, p. 113) dirá Nora a su esposo. Nora se convertirá en un referente para el movimiento *Nueva Mujer*, porque no sólo reflejaba la tragedia de lo cotidiano, sino también el despertar de aquellas mujeres dispuestas a cambiar dicha situación.

¹ Los textos citados han sido traducidos al español por la autora.

El ideal de *Nueva Mujer* será acuñado poco después por la escritora y activista irlandesa Sarah Grand (1854-1943), la cual denunció cómo los hombres habían empujado a las mujeres hacia los roles de género tradicionales, volviéndolas seres sumisas. Este nuevo enfoque caló profundamente en las mujeres coreanas que reaccionaron ante la tradición patriarcal confuciana y trataron de ofrecer nuevas formas de escritura y de pensar que llevarán a un cambio profundo de las tradiciones fuertemente arraigadas.

Asimismo, las activistas coreanas recibieron un fuerte influjo del movimiento que se empezó a gestar en Japón. El término Nueva mujer (新しい女 *atarashii onna*) se introduce en el territorio nipón a través de los periódicos y revistas que reportaban los movimientos sufragistas de Europa y América. Sin embargo, será el profesor de la Universidad Imperial Tsubouchi Shoyo el primero en acuñarlo en su conferencia titulada “La Nueva Mujer en el teatro moderno” que ofreció en un Simposio en Osaka en 1910. (Kazue 2004)

La “nueva mujer” también encontró eco en el mundo de la literatura como un personaje de ficción de novelas en las que las heroínas hacían un llamamiento sobre la situación vejatoria a las que se habían visto abocadas. Como señala Kazue (2004), varios ejemplos que ilustran este tipo de figura literaria es Mineko en la obra *Sanshiro* (1908) de Natsume Soseki u Oise en la obra *Futon* (1907) de Yanagawa Sunsho. En ambos relatos nos encontramos a dos mujeres educadas y poco convencionales que pusieron en tela de juicio el sistema imperante e hicieron un llamamiento al despertar de las mujeres. Este tipo de novelas y figuras literarias tendrán una fuerte influencia en las mujeres coreanas educadas que viajaron a Japón para ampliar sus estudios superiores durante el periodo colonial.

Estas páginas se ocupan de los inicios del movimiento de nueva mujer desarrollado en Corea a través de un análisis del rol adscrito a las mujeres en la sociedad neoconfuciana y su puesta en cuestionamiento por dos pioneras del movimiento Nueva mujer, Kim Wonju y Na Hye-seog. Para ello, se recoge y revisa numerosas fuentes bibliográficas que han abordado el papel de la mujer en la sociedad coreana, así como la lectura directa de los textos de Kim y Na.

El trabajo se estructura, pues, en dos secciones diferenciadas. En primer lugar, se analiza el ideal de mujer desarrollado durante la dinastía Joseon, caracterizada por el neoconfucianismo y el sistema de descendencia patrilineal. Después se expondrá el ideal de nueva mujer que las dos activistas, Kim y Na, trataron de introducir en el territorio coreano, prestando especial atención a la crítica que las autoras realizan al sistema de su época y la propuesta de renovación que plantean.

Educadas para servir: el rol de la mujer en la sociedad neoconfuciana

Durante la dinastía Joseon (1392-1897) el neo-confucianismo se convierte en la corriente filosófica dominante. En un contexto en el que el budismo se encontraba en decadencia, las nuevas ideas fueron recibidas como un impulso a la acción social, transformando la nación coreana en una sociedad confuciana. En su obra Martina Deuchler (1992), explica que esta transformación vino propiciada por la introducción y el desarrollo de un rígido sistema patrilineal de descendencia que afectó a todos los niveles de la sociedad. Ahora bien, sería un error reducir y explicar el cambio de dinastía por una confucianización de la misma, ya que se caracterizaría a la sociedad antecesora de Goryeo (918-1392) de forma estática y sin modificaciones. Como han evidenciado diversos especialistas (véase Duncan 2000, Kim y Pettid 2011), la receptividad del neo-confucianismo y de sus ideas sobre la familia y la ética social nace por el atractivo que mostraba esta corriente a la época en general, y a los aristócratas de finales de la dinastía Goryeo en particular.

Durante la dinastía Goryeo, a mediados del siglo X, los gobernantes reclutaron a los hijos de los aristócratas para el gobierno central propagando un éxodo de sus lugares de orígenes y estableciendo “nuevos clanes de descendencia asentados en la capital.” (Duncan 2000, pp. 83-84) Esta clase gubernamental, denominada *yangban* (양반), desempeñaban cargos militares y públicos de la burocracia nacional coreana y eran hereditarios. Por ello, para asegurar y fortalecer su estatus social se concertaron matrimonios entre las familias de élites.

Los hombres, alejados de sus poblaciones natales, tuvieron que practicar la exogamia por la propia distancia, pero también para establecer lazos con otras familias y ganar posiciones en el gobierno. El neo-confucianismo chino de la época, el cual incluía códigos de comportamiento para las familias y para asociaciones basadas en el sistema de descendencia patrilineal les proporcionó, pues, un discurso racional para justificar y fundamentar sus posiciones y leyes. Dichas normas, como explica Nae-Hyun Kwon, regulaban “desde los modos de comportamientos cotidianos hasta los ritos para honrar a los antepasados.” (Kwon 2014, p. 189)

Este sistema de descendencia patrilineal, así como las normas que lo acompañaron, se fue extendiendo al resto de población provocando un conjunto de reformas éticas y sociales que tendrían consecuencias nefastas para la mujer coreana. Su papel quedó subordinado a la figura de su marido dentro del hogar, siendo relegadas a ser meras sirvientas de las familias, sin ningún rol en la realización de los ritos dedicados a los ancestros. (Sechiyama 2013)

Obviamente, este no fue un cambio drástico ni inminente, sino que tendremos que esperar al siglo XVII para observar la transformación de la sociedad coreana y el establecimiento del sistema de parentesco centrado en el linaje del padre. Así puede apreciarse en las genealogías de la época en la que las familias sin heredero varón sentían la necesidad de adoptarlo y en las que el hijo mayor comenzó a recibir la mayor parte de la herencia y a asumir la responsabilidad de los ritos conmemorativos ancestrales. (Jung 2014)

De este modo, el estatus de la mujer, que se casa y entra a formar parte de la familia del hombre, y de la hija, que no contribuye ni continúa la línea de descendencia paterna, fue bajo. Y esta desigualdad no sólo se daba en términos de estatus, sino que tenía sus consecuencias más directas en la vida cotidiana, dando lugar a modelos de comportamiento que autores como Park Boo Jin (2001) rastrea hasta su actualidad. ¿Cuáles fueron los efectos del neo-confucianismo en los hábitos diarios de las mujeres?

En primer lugar, podemos apreciar cómo esta estructuración social propició una organización desigual del espacio en los hogares, en el que las mujeres eran recluidas a las habitaciones internas de la casa. Tradicionalmente, era común que las parejas recién casadas residieran en habitaciones separadas: la *sarangbang* (사랑방) para los esposos y la *anbang* (안방) para las esposas. La primera de ellas, situada junto a la puerta principal, era el espacio reservado para el patriarca y los miembros masculinos de la familia. En ella, el hombre estudiaba y se cultivaba y recibía a sus invitados. La segunda de ellas era la habitación más cerrada de la casa y estaba lo más alejada posible de la puerta principal. Las personas ajenas a la familia no podían acceder a la misma sin permiso. De este modo, la discriminación de las mujeres no sólo quedaba plasmada en los espacios que podía habitar, sino que se veía acentuada por esa situación de aislamiento. Hasta tal punto fue así que este modo de pensar fue trasladado al propio lenguaje coreano con la expresión *naewe* (내외, literalmente interior-exterior) que unida al verbo “hacer” hacía referencia al modo apropiado de actuar de las mujeres (en el interior) y los hombres (en el exterior). (Sechiyama 2013)

En segundo lugar, la discriminación por sexo se perpetúa en los ritos. El ejemplo más claro es la ceremonia del culto a los antepasados *myoje* (묘제), cuya realización fue restringida a la línea

de descendencia masculina de la familia (siendo transmitida de padre a hijo). (Jin 2001) El papel de las mujeres quedaba relegado a tareas de preparación de las comidas que se ofrecían en las cocinas de las casas, mientras que el hombre era el que realizaba el acto ritual en público, ostentando el protagonismo de la ceremonia y reafirmando su autoridad. En el mejor de los casos, éstas podían participar activamente en ritos como el *gije* (구례) una ceremonia que conmemoraba las fechas de las muertes de los ancestros. No obstante, el principal motivo por el que las mujeres podrían participar en este rito era porque se realizaban dentro del hogar. Sin embargo, en el resto de ceremonias celebradas fuera de este espacio la participación de las mujeres quedaba completamente prohibida.

En tercer lugar, esta división también se mantiene en la esfera económica. El control económico de la familia estaba dividido entre aquel que tenía derecho a administrar los activos económicos y aquel que se encargaba de los ingresos y los gastos. Es decir, aquel que se ocupaba de los bienes inmuebles y agrícolas de la familia, el patriarca, y aquel que gestionaba las transacciones cotidianas, la mujer. Esta división deja a la mujer en una situación de sumisión ante el hombre, el cual tiene el poder y la autoridad para decidir si comprar o vender su hogar, si mudarse o permanecer en un lugar. En otras palabras, el patriarca decidía cómo administrar los bienes de la familia según sus deseos y criterios, excluyendo a la esposa de cualquier toma de decisiones. Los hombres se mantenían fuera de los asuntos domésticos y las mujeres no tenían ninguna voz en los asuntos externos. De hecho, el cambio en el ámbito económico fue tan pronunciado en este periodo que, como explica Soon-Hyung Kwon (2014), la vida de las mujeres quedó completamente regulada por los hombres de los que dependían según su edad (padre, marido o hijo).

En cuarto lugar, en este periodo se produce una gran diferenciación entre el tipo de educación que niños y niñas recibían. Mientras que los hijos eran educados sobre diferentes materias que enriquecieran su conocimiento sobre el mundo que les rodeaba; por el contrario, las niñas eran instruidas para saber comportarse en la futura vida de casada (con normas que regulaban desde la forma de caminar hasta lecciones sobre educación sexual que les aseguraran la concepción de un hijo varón). Esta segregación por sexos quedaba arraigada en los pupilos desde su nacimiento, momento en el que se les situaba en diferentes posiciones para jugar (los niños sobre la mesa con cuentas y las niñas en el suelo con carretes y ovillos). Desde su infancia a las niñas se les inculcaba su inferioridad, incluso sus ropas y accesorios eran hechas de distintos materiales, por ejemplo, cinturones de cuero para los niños y de hilo para las niñas. (Kwon 2014)

Esta situación de sumisión que alcanzaba los diferentes ámbitos de la vida cotidiana de las mujeres no sufrirá cambios sutiles hasta principios del siglo XX con la modernización. No obstante, la mayor parte de las normas tradicionales se conservaron y continuaron arraigadas en la educación de las niñas, manteniendo la idea de que hombres y mujeres debían estar separados, incluso en las escuelas. Tras la independencia de Corea (1945), con la constitución de la Primera República de Corea en 1948, se estableció la igualdad entre géneros. No obstante, los cambios en la visión tradicional y las normas sociales han sido muy pocos y con mucha distancia en el tiempo. (Sechiyama 2013)

Como ha puesto de relieve Pilwha Chang (1994) y Kyeong-hee Choi (2005), este sistema patriarcal que incluía instituciones, organizaciones de producción e ideología no sólo tuvo una marcada influencia durante la dinastía Joseon (1392-1897) y los años posteriores, sino que su influjo puede rastrearse hasta nuestros días. Así lo ha evidenciado el estudio de Cho Uhn (2004), donde explica cómo, pese a que la discriminación de género está legalmente prohibida, la desigualdad es visible en todas las áreas: mercado laboral, estatus legal, riqueza e, incluso,

en el amor. Y esta desigualdad puede observarse en la actualidad como evidencian recientes estudios de la OCDE. (Yang 2021)

Saliendo de las habitaciones oscuras: hacia un nuevo ideal de mujer

Ante esta situación de desigualdad, a principios del siglo veinte un grupo de mujeres educadas se atrevieron a romper con los estándares establecidos y a promover un conjunto de reformas para mejorar el estatus de las mujeres. Dos ejemplos paradigmáticos fueron Kim Wonju y Na Hye-seog, dos activistas que no sólo preconizaron los movimientos feministas que se darán en el país coreano en el siglo veinte, sino que su propia biografía es una manifestación viva de la constante lucha de la mujer por producir un cambio en los sistemas tradicionales que sustentaban la discriminación.

Na Hye-seog (나혜석) nació en Suwon (수원) en 1896 en una familia adinerada. Su padre fue un gobernante local que envió a su hija a estudiar, permitiéndole formarse en la Escuela de Artes de Tokyo como artista. Esta experiencia le sirvió para ostentar el título de “primera pintora coreana especializada en arte occidental.” (Kim 2017) Durante su estancia conoció a su primer amor, un coreano casado que la tomó como concubina. La autora no lo percibió como un problema mientras que existiera el amor entre ambos. Sin embargo, muere y a su vuelta se casa con Kim Wu-yong, un diplomático que conoció durante sus años de estudiante en Tokyo. Na aceptó casarse con él siempre que la amara tanto como ella lo amaba a él, la apoyará para desarrollar su carrera como artista y no vivieran ni con la madre de Kim, ni con la hija de su anterior matrimonio.

La artista viajó por Rusia, Europa, Estados Unidos y Japón, teniendo una experiencia única en términos artísticos, pero también en relación a las prácticas y costumbres cotidianas (Na 1932). Durante su estancia en París, tuvo una aventura con otro coreano veinte años mayor que ella que finalmente desencadenaría el divorcio con su marido tras regresar a Corea. Na recoge sus experiencias en la publicación “Confesión de divorcio” de 1934 en la que la activista contaba detalladamente su vida amorosa desde su primera relación hasta el fin de su matrimonio. Esta confesión no tuvo una buena acogida por una sociedad coreana tradicional y conservadora. Na murió sola en diciembre de 1948 en un hospital para mendigos. (Choi y Kim 2019)

Kim Wonju (金元周) nació también en 1896 en un pueblo al sur de Pyeong-an (평안남도). La autora se crió, pues, en un entorno peculiar que conjugaba un ambiente metodista cristiano, ya que su padre fue uno de los primeros pastores protestantes en Corea, y la educación femenina de su madre, la cual escolarizó a su hija para que tuviera las mismas oportunidades que los hombres. Tras graduarse en la universidad Ewha en 1918, se casó con Yi Noik, un catedrático de biología que era mayor que ella, tenía una minusvalía física (Oh 1996) y que le ofreció la seguridad financiera y el apoyo necesario para conseguir ser una escritora. Tras la dura represión del movimiento de primero de marzo realiza una estancia en Tokyo donde conoce a Na Hye-seog, con la que realizará numerosas actividades por la liberación de la mujer, incluyendo la fundación de la primera revista feminista en Corea *Sinyeoja* (신여자; 新女子).

Kim regresa a Japón en 1922 y allí conoce al escritor Im Changhwa, con el que mantiene una relación amorosa que propiciará el fin de su matrimonio. A partir de 1927 la autora comienza a colaborar en la revista budista *Pulgyo* (불교), colaboración que finalmente la conducirá a convertirse al budismo e ingresar en 1933 a la edad de treinta y ocho años en el monasterio Seobongam en el monte Kumgang como discípula del maestro zen Mangong. Desde ese momento Kim se dedicó a estudiar y difundir el budismo como vía de liberación para todas las personas. (Park 2017)

Pese a que su trayectoria como activistas se limita a un periodo de sus vidas, ambas se convertirán en iconos referentes de la nueva mujer que las coreanas estaban llamadas a ser. A través de sus biografías y obras trataron de romper con los viejos ideales, especialmente aquel resumido en el eslogan “esposa buena, madre sabia” (賢妻良母 *yangcheo hyeonmo*). Como la propia Na defendía en un breve ensayo escrito en *Hakchigwang*, este ideal no era más que una estrategia de marketing utilizada que convertía a las mujeres en “esclavas.” (Na 1914a, p. 14) Por este motivo reivindican la salida de aquellas habitaciones oscuras en las que habían permanecido recluidas durante siglos. “¡Liberación (*haebang*)!”— exclamará Kim en el ensayo inaugural que introduce el primer número de la revista *Sin yeoja*— “Esta es la demanda de las mujeres que han sido confinadas a habitaciones interiores, profundas y oscuras durante miles de años.” (Kim 1920a, p. 2)

Esta sección atiende al pensamiento de estas autoras desde dos ejes: por un lado, recoge el retrato crítico que las autoras van a ofrecer sobre los modelos tradicionales; por otro lado, considera el nuevo ideal de mujer que las mujeres estaban llamadas a ocupar para construir una sociedad igualitaria.

Desmontando el modelo patriarcal neoconfuciano

El movimiento feminista en Corea se caracterizó por su intento de desmontar el sistema patriarcal neo-confuciano que había conducido a las mujeres a una situación de aislamiento y reclusión. En este contexto, tanto Na como Kim trataron de romper con el mismo a través de actividades y publicaciones que hicieran despertar a las mujeres respecto a la situación a la que se habían visto abocadas. Para ello, desarrollaron una reflexión crítica sobre aspectos cruciales como el matrimonio, el amor, el divorcio o la castidad.

En primer lugar, el matrimonio será un tema sumamente recurrente en sus obras. A través de sus escritos las autoras van a cuestionar los matrimonios tempranos y concertados así como la propiedad de concubinas, en contraposición a la estricta fidelidad de las mujeres. Para ello, retratan ese ideal de vieja mujer que aceptaban esas prácticas abusivas y ponen el acento en cómo esas mujeres lo reproducían sin cuestionarlo en sus descendientes.

Esto puede apreciarse en el relato publicado en la revista *Sin yeoja* por Kim Wonju “Muerte de una niña”. En él los padres de Myongsuk, la tercera hija de dieciocho años de la familia Cho, se ve obligada a romper su compromiso de siete años con Kim Kapsong, cuya familia había pasado por tiempos difíciles, para que pudiera convertirse en una concubina de un hombre rico. Los padres de Myongsuk, que ya habían vendido a sus dos hermanas mayores en la prostitución, esperaban vivir cómodamente con su hija menor. Sin embargo, en lugar de vivir una vida sin amor, como esposa secundaria de un anciano, se suicida, sabiendo que esto iba en contra de la piedad filial y acarrearía grandes dificultades a sus padres.

Quizás aún más interesante se muestra el relato *Hyeweon* de Kim Wonju publicado en 1921, ya que plantea el diálogo de dos generaciones de mujeres que tenían distintas visiones del papel que debían ocupar. En él se narra un domingo en la vida de una joven mujer en la veintena, Hyeweon, que se lleva a su hermana pequeña de paseo en carrito. Al comienzo de la historia, la muchacha describe el conflicto entre ella y su madre en relación al matrimonio. Su madre quiere casarla con un hombre rico mientras que Hyeweon no está interesada en el matrimonio. Ella se ha graduado en la universidad para mujeres con honores y tiene un gran talento para la escritura. De este modo, la autora presenta el tema del matrimonio y las diferentes visiones intergeneracionales entre una nueva mujer y su madre (una “vieja mujer”).

Na Hye-seog enfatiza el papel de sumisión de las mujeres en el matrimonio en su ensayo “El ideal de la nueva mujer”. Como se expuso en el punto anterior, las mujeres eran criadas en una

ideología que las instruía desde pequeñas a dedicarse por completo “al bienestar de los hombres”. Y están tan “acostumbradas a la arena doméstica”— nos dirá Na— “que no son capaces de discernir el bien del mal en los asuntos fuera del dominio privado.” (Na 1914a, p. 14) Este aspecto es especialmente relevante en relación al amor, ya que las mujeres se convertían en “muñecas sumidas al marido, al padre y al hijo”, tal y como se exponían en el ideal confuciano de las tres obediencias (三從). Según este, las mujeres tenían que obedecer a su padre antes de casarse (未嫁从父), a su marido después del matrimonio (既嫁从夫) y a su hijo tras la muerte de su marido (夫死从子). (Oh 1982)

Frente a esta actitud de sumisión las autoras nos hablan de mujeres capaces de decidir a quién amar, a través de la ficción (en el caso de Kim) o describiendo otras sociedades (en el caso de Na). En la obra *Hyeweon*, la protagonista confiesa que acaba de terminar una relación amorosa con un hombre que también era escritor. Ese hombre la había abandonado por una mujer rica, dejando a Hyeweon en una situación de desesperación. Sin embargo, ese estado de desolación es una oportunidad brillante para exponer cómo debería vivir una mujer. Hyeweon sabía que, si la personalidad de una mujer se ignoraba, ella era desprovista de su libertad. La mujer era un ser humano que podía decidir a quién amar, no era un accesorio ignorante. En contra de lo que se esperaba en la época, la mujer no debía ser una dócil sumisa, una esclava, porque, aunque pudiera llevar una vida con ropas caras y buena comida, su vida sería peor que si fuese un mendigo. (Kim 1921)

Otro tema recurrente en ambas autoras, especialmente a través del género ensayístico será la castidad. Na Hye-seog escribe en 1935 “Comenzando una nueva vida” tras su vuelta de su viaje por Europa y su estancia en París. En este ensayo la autora va a tratar temas como la seducción y la castidad y va a destacar que para mantener esa valorada castidad las mujeres se veían abocadas a suprimir sus impulsos más naturales. En contraposición, la autora explica que, en París, donde prevalecía una anarquía sexual había personas (hombres y mujeres) que optaban por el celibato tras haber experimentado dicha libertad. Esta, nos explicará la autora, será la práctica más apropiada porque “si una corriente de agua se ve obligada a ir en una dirección, inevitablemente estalla en múltiples direcciones. Incluso las feroces olas de agua están destinadas a dispersarse. Esto es naturaleza. ¿Quién podría detener una fuerza de la naturaleza?” (Na 1935, p. 74)

Kim Wonju también desarrolla una visión similar sobre la castidad en sus obras “Nuestros ideales” (1924) y “Mi visión sobre la castidad” (1927). En ellos denuncia la política de género que llevaba a cabo el gobierno y la sociedad coreana controlando la sexualidad femenina. En este sentido, a través de estos ensayos Kim propone su propia noción de castidad, basada en el amor y afecto entre los amantes:

Sin amor, no puede haber castidad. La castidad no significa moralidad hacia un amante que puede ser impuesta desde fuera; es la pasión que representa una armonía máxima de afecto e imaginación hacia un amante. Es un sentimiento relacionado con el instinto original que no puede ser requerido sin amor... Castidad, entonces, no es algo fijo... sino algo fluido que puede ser renovado. La castidad nunca puede ser definida por la moralidad. (Kim 1927, p. 117)

Las activistas tratan de romper con aquellas tareas asignadas que las encerraba en las habitaciones oscuras, promoviendo un ideal de nueva mujer en la que fueran tratadas como seres humanos iguales. Y esto no implica que rechazasen el amor o el matrimonio, sino aquellas prácticas abusivas que las había confinado durante tantos años. De hecho, ellas también

experimentaron y reflexionaron sobre uno de los acontecimientos más distinguidos de las mujeres como es la maternidad.

En este sentido, especialmente interesante resulta la lectura del texto de Na Hye-seog sobre su divorcio, en el que explica cómo no quería divorciarse porque “tenía que pensar por el futuro de sus hijos”. La pintora, pese a que cree que los niños que crecen en hogares divorciados son mejores que aquellos que crecen en el de parejas infelices, se resiste a abandonar a sus hijos y su amor maternal hacía ellos. Por ello, aunque el interlocutor de su texto le argumenta que si sigue casada se convertiría en una sabia mujer y buena esposa, ella expresa que lo haría por sus hijos.

El caso de Kim Wonju es diferente porque nunca tuvo hijos. Sin embargo, en el ensayo “Un niño que sólo se me aparece en sueños” parece reflejar la brecha entre el propósito de Kim de perseguir una vida como mujer independiente y un cierto sentimiento interior, que parece anhelar la maternidad:

Yo realmente ya he pasado la edad de ser madre; ¿es este el esfuerzo de la maternidad subconsciente? Ocurrió en un sueño, pero aún así ¿quién es este niño que me proporciona tal sentimiento inquieto de amor y ocupa mi mente por completo? Si el niño está destinado a nacer de mi vientre y crecer entre mis brazos, ¿por qué razón el niño ha fracasado en nacer y permanece perdido en mis sueños? (Park, Jin Y. 2017)

De este modo, ambas activistas conjugan de una manera magistral en su obra su propia biografía, incluyendo los principales asuntos que las preocupaban, junto con el deber que sentían de ayudar a liberar al resto de mujeres. Defendieron de una manera apasionada y viva la igualdad de derechos y oportunidades a través de un brillante uso de la palabra escrita. Esto nos conduce a la siguiente sección dedicada a cómo las autoras trataron de promover la toma de conciencia de sus compatriotas.

El nuevo lugar en la sociedad que están llamadas a ocupar

En 1920 Kim Wonju junto con Na Hye-seog fundaron la primera revista feminista coreana, dirigida exclusivamente por mujeres. Kim crea esta revista como una llamada para la liberación (*haebang*) de las mujeres que habían sido tratadas como esclavas, confinadas a las estancias profundas, oscuras e internas durante miles de años. Pese a que en este periodo ya existían otras revistas de mujeres, como la *Kajöng chachi* (*Home Journal*) y la *Yöja chinam* (*Guide for Women*) fundadas en 1906 y 1908 respectivamente, ésta será la primera en iniciar seriamente el debate feminista sobre lo que constituye la *Nueva mujer* en Corea.

Se distinguía por tener un equipo editorial y administrativo compuesto únicamente por mujeres (a excepción de un hombre). Además, tenían una política inclusiva que invitaba a las mujeres de cualquier estatus social a contribuir, abriendo nuevas posibilidades para hacer público sus deseos internos y sus experiencias diarias, a pesar de la negación de los derechos humanos básicos de las mujeres en esa época.

En este sentido, como ha puesto de relieve Hyaeweol Choi, la revista abrió “el amanecer de la era para las nuevas mujeres” (Choi 2013, p. 2), haciendo visible los remarcables logros de las mujeres en la historia antigua, así como las distinguidas carreras de mujeres internacionales contemporáneas. Y aunque la revista sólo publicó cuatro ejemplares, durante este breve periodo se convirtió en el principal medio de expresión de estas autoras y tuvo una gran influencia en el movimiento feminista. (Lee 2008)

El principal tema que se recoge en los escritos era la liberación de la mujer. Para alcanzarla, proponen la comprensión de la realidad en la que les había tocado vivir, la educación y la

ruptura con el sistema familiar confuciano y las tradiciones opresivas. De este modo, Kim y Na se mantuvieron comprometidas con el momento histórico y las circunstancias que las rodeaban, sirviéndose de la escritura e incluso la pintura para difundir las ideas que llevarán a una mejora de vida del pueblo coreano en general, y de las mujeres en particular. A continuación, cito una parte de las palabras recogidas en la edición inaugural, para considerar después los principales ideales de la revista.

¡Reforma (*kaejo*)! Este es el clamor de la humanidad después del doloroso duelo por los disparos terribles de los pasados cinco años [se refiere a la Primera Guerra Mundial].
 ¡Liberación (*haebang*)! Esta es la demanda de las mujeres que han sido confinadas a habitaciones interiores, profundas y oscuras durante miles de años. [...] De manera similar es un agravio tratar a las mujeres como esclavas, encerrándolas en cuartos ocultos porque se asume que ellas son débiles. Si esta práctica está claramente en contra del camino de la humanidad, ¿cuánto tiempo más puede sobrevivir? ¿Cuánto tiempo más puede mantenerse su poder e influencia? Esa era ha llegado a su fin. Es hora de rectificar los delitos del pasado. [...]

¡Reforma! ¡Reforma! Esta demanda de reforma se hace eco alto y fuerte en todos los rincones del mundo. Realmente ha llegado el tiempo del cambio. Ah, la nueva era ha llegado. Ha llegado la hora desprenderse de las cosas viejas y traer las nuevas. Ha llegado la hora de desechar las prácticas desacertadas y nocivas del pasado. Ha llegado la hora de las reformas de todas las cosas.

No es un asunto de seleccionar esto o eso para reformar. Debemos reformar cuidadosamente nuestra sociedad por completo. Para reformar la sociedad, primero debemos reformar la familia, la unidad más básica y fundamental de la sociedad. Para reformar la familia, tenemos que liberar a las mujeres, que son maestras (*chuin*) del hogar. Y debemos primero liberar a las mujeres si queremos alcanzar al resto del mundo, ser competitivos, llevar vidas que puedan ser respetadas por otros estados y transformar nuestra estructura social entera. No estamos interesadas en buscar un reconocimiento a través de eslóganes vacíos del tipo “igualdad” (*tongdǔng*) o “respeto a las mujeres” (*yǒjon*). Nosotras publicamos nuestra revista, *Sin yǒja*, con el único propósito de, trabajando en sociedad, ganar emancipación y encontrar modos por los que podamos ayudar a construir un orden social que sea la envidia del mundo. (Kim 1920 a, pp. 2-3)

Este texto capta perfectamente el espíritu y el objetivo que caracterizaba al movimiento de la nueva mujer en Corea que Kim y Na trataron de impulsar. Por ello mismo, es necesario detenerse y analizar varios conceptos significativos. En primer lugar, se contextualiza el movimiento de la nueva mujer como una tendencia global a la que se ven llamados todos los países. La demanda de reforma se hace eco alto y fuerte en todos los rincones del mundo: “realmente ha llegado el tiempo del cambio”, nos dirán las editoras. Después, se detienen en su propia sociedad, la coreana, y proclaman la necesidad de realizar un cambio de las estructuras sociales que situara a Corea al frente del progreso.

El concepto de progreso fue una idea introducida en Corea a través del movimiento ilustrado que percibía la historia desde esa óptica de continuo avance y mejora. No obstante, en el movimiento feminista adquiere una interpretación propia, pasando a formar parte de su ideario base. Así, podemos leer en el artículo de Kim “Las demandas y argumentos de las mujeres”:

¿En qué era vivimos? El mundo ha llegado a un momento listo para la reforma, y el amanecer de una nueva civilización brilla en el horizonte. ¿No puedes oír las campanas llamando a despertarnos de este largo sueño nocturno? Nosotras tenemos que dar un paso al frente para acoger esta era cambiante. (Kim 1920b, pp. 6-7)

Este aspecto adquiere un papel especial en la sociedad coreana, que se encontraba en una situación de crisis tras haber perdido su soberanía nacional en manos del país nipón. Las editoras, en este sentido, aceptan la labor de superar todas las ideas conservadoras y reaccionarias, que asumían la superioridad física y mental del hombre sobre la mujer haciendo un llamamiento a la liberación.

El concepto de liberación será el segundo término clave del texto. Según las autoras, la liberación de las mujeres supondría reestructurar la unidad más básica de toda la sociedad, la familia; permitiendo a las mujeres vivir una vida plenamente humana, sin estar sometida al ámbito del esposo y de la familia. En este sentido, Nora de Ibsen fue el modelo ideal a seguir, ya que cuestionaba las viejas tradiciones y la ética de su época, problematizando su propia identidad. Nora se alza como una nueva mujer, que ha despertado su conciencia femenina y que expresa su oposición a ese viejo sistema patriarcal. Como reivindica Na Hye-seog en su poema “Nora”:

Antes de ser la esposa de mi marido

Antes de ser la madre de mi hijo

Antes de ser la hija de mi padre

Primero y antes de todo, soy una persona

¡Soy una persona! (Na 1914 b, p. 154)

La posición de Nora en la Corea colonial será la de hija de su padre, esposa de su marido y madre de sus hijos. Por ello, Na Hye-seog defiende que ha llegado el tiempo de escapar de esta situación (Kim 2002). Para las activistas es el momento de “desprenderse de las cosas viejas y traer las nuevas”, de abandonar esas prácticas abusivas y reformar la sociedad desde su base porque sólo así se podrá llevar a cabo una reforma estructural. Como reivindicaba Na en su escrito “El ideal de la nueva mujer” ya no sirve el reconocimiento bajo eslóganes vacíos de igualdad o respeto a las mujeres, sino que buscan el cambio y la llegada de una nueva era.

Esta concepción de igualdad será recurrente en sus escritos. Así, en el ensayo de “El auto-despertar de las mujeres”, Kim reafirma que el concepto de seres humanos recoge a hombres y a mujeres, y que la sociedad humana está compuesta por la unión de ambos. Por ello, no tiene sentido tratar a las mujeres como esclavas que han perdido sus derechos, como tampoco lo tiene mantener una doble moralidad dependiendo del género:

En principio, la vida de la mujer debería ser igual a la vida del hombre, y el objetivo de vida de la mujer debería ser igual al del hombre. Mi punto de vista es que debería haber una única moralidad para la humanidad. No debería haber dos moralidades aplicadas de manera diferente al hombre y la mujer y no debería asumirse que la mujer es inferior al hombre. (Kim 1920c, p. 30)

Alcanzar la igualdad de derechos y el despertar de las mujeres no será un camino sencillo y, como las propias activistas reconocen e incluso experimentan, requerirán grandes sacrificios. No obstante, como el propio texto inaugural de la revista pone de relieve, se ven obligadas a asumir el papel que les ha tocado desempeñar en la historia las mujeres. Sólo de esta manera podrán superar esas condiciones inhumanas. Kim y Na reivindicaron un nuevo lugar para las mujeres en la sociedad que estaba por construir y pidieron al resto de mujeres coreanas que combatieran los abusos que habían sufrido durante tantos años.

Y esto no suponía un agravio y traición a la familia y a la sociedad. Los hombres eran quienes habían maltratado a las mujeres, reduciéndolas a meras esclavas durante siglos. (Na 1914a)

Ellos fueron los que inventaron la superioridad del hombre y se apropiaron de los derechos de las mujeres; los que impidieron que las mujeres experimentaran los placeres de la sociedad, condenándoles a una vida de angustia y pena.

Por ello, para iniciar este cambio será esencial la educación de las mujeres. Ellas no tenían culpa de la discriminación sufrida, pero en un momento de cambio y transformación debían alzar su voz y tomar conciencia de su realidad histórica. No podían seguir manteniendo esa sociedad de desigualdad, sino que tenían que asumir su responsabilidad con su momento histórico. En este sentido, tanto Kim como Na no sólo van a romper barreras y a reflexionar sobre su tiempo, sino que van a instar a las mujeres a conocer y desarrollar un pensamiento crítico sobre su propia realidad.

Conclusión

Estas páginas han ofrecido una aproximación a los inicios del movimiento *Nueva mujer* en Corea a través de la biografía y obra de dos mujeres clave, Na Hye-seog y Kim Wonju. Ambas fueron pioneras en una sociedad en la que el ámbito de acción de las mujeres estaba limitado a esas habitaciones oscuras y profundas. Incluso en un momento en el que las niñas comenzaban a recibir educación, ésta se limitaba a convertirlas en “madres sabias, buenas esposas”. Esto es, como se expuso en el apartado primero, las mujeres aprendían cómo servir a los padres, al esposo y a sus hijos; cómo preparar (pero no participar) las ceremonias ancestrales; cómo criar a los niños y cómo llevar a cabo todas las tareas domésticas (cocinar, limpiar, lavar y coser).

Por el contrario, Na y Kim defendieron la igualdad entre hombres y mujeres e hicieron un llamamiento a través de la revista *Sin Yeoja* y sus escritos para que las mujeres ocuparan el puesto en la sociedad que estaban llamadas a ocupar: personas libres e independientes. Ambas fueron pioneras de ese movimiento de Nueva mujer, tratando de no verse sumidas a los hombres. Todo lo contrario, a través de sus obras y biografías preconizaron un estilo de vida para el que la sociedad coreana, en muchos casos, aún no estaba preparada.

Este artículo ha intentado reivindicar la aportación de estas dos activistas en la formación del movimiento feminista en Corea. Ellas retrataron las prácticas abusivas que se mantenían de generación en generación, señalado los principales problemas y proponiendo nuevas vías desde las que dejar atrás la desigualdad. Kim y Na lucharon por el despertar de conciencia de las mujeres y ejemplificaron con su propia biografía el nuevo ideal de mujer que trataban de impulsar. Este cobra especial interés en nuestros días, donde aún se sigue experimentando prácticas discriminatorias asociadas a ese “viejo ideal de mujer”.

Referencias

- Chang, P. (1994). The Gender Division of Labour at Work. En H. Cho y P. Chang (eds.). *Gender Division of Labor in Korea*, (pp. 13-40). Seoul: Ewha Womans University Press.
- Chang, P. y Kim, E. (eds.) (2005). *Women's Experience and Feminist Practices in South Korea*. Seoul: Ewha Womans University Press.
- Cho, H. (1994). The ‘Woman Question’ in the Minjok-Minju Movement: A Discourse Analysis of A New Women’s Movement in 1980’s Korea. En H. Cho y P. Chang (eds.). *Gender Division of Labor in Korea* (pp. 16-25). Seoul: Ewha Womans University Press.
- Cho, U. (2004). Gender Inequality and Patriarchal Order Reexamined. *Korea Journal* 44(1), 22-41.

- Choi, H. (2013). Introduction. New Women in discursive and historical space. En *New Women in Colonial Korea* (1-15). New York, London: Routledge.
- Choi, J. A. y Kim, H. S. (2019). Na Hyesök: The 'Korean Nora'. *Seoul Journal of Korean Studies* 32(2), 239-261.
- Deuchler, M. (1992). *The Confucian Transformation of Korea: A Study of Society and Ideology*. Cambridge: Harvard University Press.
- Duncan, J. B. (2000). *The Origins of the Chosŏn Dynasty*. Seattle: University of Washington Press.
- Ibsen, H. (2000). *Casa de muñecas*. Barcelona: Edaf.
- Jin, P. B. (2001). Patriarchy in Korean Society: Substance and Appearance of Power. *Korea Journal* 41(4), 48-73.
- Jung, J. Y. (2014). Did Fake Genealogies Exist? En M. D. Shin (ed.). *Everyday life in Joseon-era Korea: economy and society* (pp. 163-171). Leiden: Brill.
- Kazue, M. (2004). The New Woman in Japan. Radicalism and ambivalence towards love and sex. En M. Beetham y A. Heilmann (eds.). *New Woman Hybridities: Femininity, Feminism, and International Consumer Culture, 1880-1930* (pp. 205-219). London and New York: Routledge.
- Kim, S. (2017). The Personal is Political: The Life and Death and Life of Na Hye-sök (1896–1948). En K. L. Chiem y L. C. W. Blanchard (eds.). *Gender, Continuity, and the Shaping of Modernity in the Arts of East Asia, 16th-20th Centuries* (pp. 253-286). Leiden: Brill.
- Kim, S. y Kim, K. (2010). Mapping a hundred years of activism women's movement in Korea. En M. Roces y L. Edwards (eds.). *Women's Movements in Asia: Feminisms and Transnational Activism* (pp. 189-206). London, New York: Routledge.
- Kim, W. (1920a). Changgansa (Declaración inicial), *Sin yeoja* 1, 2-3. Reimpreso en H. Choi (ed.). *New Women in Colonial Korea* (pp. 29-30). New York, London: Routledge, 2013.
- Kim, W. (1920b). Uri yeoja ui yogu wa chujang” (Las demandas y argumentos de las mujeres), *Sin Yeoja* 2, 6-7. Reimpreso en H. Choi (ed.). *New Women in Colonial Korea* (pp. 197-199). New York, London: Routledge, 2013.
- Kim, W. (1920c). “Yeoja ui Jagak” (El auto-despertar de las mujeres), *Sin Yeoja* 3, 1-3. Reimpreso en H. Choi (ed.). *New Women in Colonial Korea* (pp. 30-32). New York, London: Routledge, 2013.
- Kim, W. (1921). Hyeweon. *Sinmin kongron*. Reimpreso en I. Kim. *Miraese ka tahago namdorok* (Hasta que el mundo futuro llegue a su fin e incluso después) (pp. 140-149). Seoul: Innul yonguso, 1974.
- Kim, W. (1927). Na ui cheongjo gwan (Mi visión sobre la castidad). *Choseon ilbo*. Reimpreso en I. Kim. *Kkot i chimyŏn nun i siryŏra* (Cuando las flores se marchitan, las lágrimas brotan) (pp. 116-119). Seoul: Osangsa, 1985.
- Kim, Y. H. (2002). Creating New Paradigms of Womanhood in Modern Korean Literature: Na Hye-sok's 'Kyonghui'. *Korean Studies* 26(1), 1-60.
- Kim, Y. y Pettid M. J. (eds.) (2011). *Women and Confucianism in Choson Korea: New Perspectives*. Albany: State University of New York.
- Kwon, S. (2014). Did People Divorce in Joseon Period? En M. D. Shin (ed.). *Everyday life in Joseon-era Korea: economy and society* (pp. 189-197). Leiden: Brill.
- Lee, B. (2008). *Women in Korea History*. Seoul: Ehwa Womans University Press.
- Na, H. (1914a). Isang cheok puin (El ideal de mujer). *Hakchigwang* 3, 13–14. Reimpreso en H. Choi (ed.). *New Women in Colonial Korea* (pp. 28-29). New York, London: Routledge, 2013.
- Na, H. (1914b). Nora. Reimpreso en J. Kiaer, A. Yates-Lu, y M. Mandersloot (eds.). *On Translating Modern Korean Poetry* (pp. 154-156). New York: Routledge, 2012.
- Na H. (1932). Ah, chayu ũi P'ari ka kŭriwŏ—Ku-Mi manyu ha (Echando de menos la libertad de París. Pensamientos tras un viaje por Europa y Estados Unidos). *Samch'ŏlli* 4, no. 1

- (1932): 43–44. Reimpreso en H. Choi (ed.). *New Women in Colonial Korea* (pp. 184-189). New York, London: Routledge, 2013.
- Na H. (1934). Ihon kobaekchang: Ch'ōnggu ssi ege (Una confesión sobre mi divorcio: A Ch'ōnggu). *Samch'ōlli* 6, 84–96. Reimpreso en H. Choi (ed.). *New Women in Colonial Korea* (pp. 123-138). New York, London: Routledge, 2013.
- Na, H. (1935). Sin saenghwal e tūlmyōnsō (Empezando una nueva vida). *Samch'ōlli* 7(1), pp. 70-81. Reimpreso un extracto en H. Choi (ed.). *New Women in Colonial Korea* (pp. 147-148). New York, London: Routledge, 2013.
- Oh, B. B. C. (1982). From Three Obediences to Patriotism and Nationalism: Women's Status in Korea to 1945. *Korea Journal* 22(7), 37-55.
- Oh, B. B. C. (1996). Kim Iryop: Pioneer Writer/Reformer in Colonial Korea. *Transactions* 71, 9-30.
- Park, J. Y. (2017). *Women and Buddhist Philosophy*. Honolulu: Hawaii University Press.
- Sechiyama, K. (2013). *Patriarchy in East Asia: A Comparative Sociology of Gender*. Leiden: Brill.
- Yang, H. (2021). Gender equality: Korea has come a long way, but there is more work to do. En *12 Ways Korea is changing the world*. OCDE. Disponible en: <https://www.oecd.org/country/korea/thematic-focus/gender-equality-korea-has-come-a-long-way-but-there-is-more-work-to-do-8bb81613/>